111360

No valen los remedios ni las artes;
Arden las tablas y los fuertes pinos
De la tea interior el humor sudan;
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas;
Estos llevan las arcas y las camas,
Y aquellos con el agua los encuentran;
Estos salen del fuego, aquellos entran;
Crece la confusion, y más si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel, de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgastada,
Justo remedio á tanto mal ordena.
«Dioses, no es justo (dijo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la griega hermosa,
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones,
Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan
Y el número infinito desminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desvanes.»
Con esto luego envia
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa,
Revuelto en sombras de la noche el dia;
Y desde aquel con inmortal porfía
Los unos y los otros prosiguieron,

Aquellos en la ofensa,
Y éstos en la defensa;
Pero durando el cerco, no tuvieron
Remedio ni sustento los cercados;
Tanto, que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura,
Vuelta las rosas nieve;
Por onzas come, por adarmes bebe.
Marramaquiz, que ya morir la via,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio á los tejados
De una tronera que en la torre habia,
Para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza del sustento;
Y estando ¡oh dura suerte!
Acechando á la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexorable muerte,
Flechando el arco fiero,
Traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
Tirando á los vencejos
(Nunca hubieran nacido,
Ni el aire tales aves sustenido)
Le dió un arcabuzazo desde léjos.
Cayó para las guerras y consejos;
Cayó súbitamente
El gato más discreto y más valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto;

457
111360

Pero muerto tambien, como era justo,
A las manos de un César siempre augusto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor llorando en prueba,
Se mesaban las barbas á porfía,
Como tudescos, muerto el que los guia;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso;
Y Micifuf, con todos amoroso
Porque le prometieron vasallaje,
Hizo luego traer de su bagaje,
Con mano liberal, peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso,
Mudó el pálido luto en rico traje;
Dióle sus brazos, y á su padre amado,
Y el viejo á ella, en lágrimas bañado;
Y para celebrar el casamiento
Llamaron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dejando alegre en el postrero acento
Los ministriles, y de cuatro en cuatro
Adornado de luces el teatro.

LA PERROMAQUIA,

FANTASÍA POÉTICA EN REDONDILLAS,

CON SUS ARGUMENTOS EN OCTAVAS,

POR

Don Francisco Nieto Molina.

Soneto del autor á su *Perromaquia*.

Si los gatos lograron merecer
Los aplausos de un Lope singular;
Si los burros en verso rebuznar
A impulsos del famoso Pellicer;
Si las moscas sus gracias extender,
Que su ingenio las quiso celebrar;
Si Homero á los ratones aclamar
Para dar á las ratas que roer,
A los perros mi musa ha de aplaudir;
Tengan fama los perros donde quiera,
En los pueblos, los campos y los cerros.
Perros aplaudo, ¿qué podrán decir?
Que elijo por asunto una perrera,
O que soy un poeta dado á perros.